DISCURSO POLÍTICO,

EN DEFENSA DE LA VERDAD, LA INOCENCIA Y LA RAZON.

POR UN ESPAÑOL.

CON LICENCIA EN MADRID:
EN LA IMPRENTA DE RAMON RUIZ, AÑO 1808.

Por mas que la servil adulacion y el grosero egoismo de los miserables autores de la política inserta en los escandalosos Diarios de Madrid de los dias diez, once, diez y nueve, y veinte y tres de Mayo de este año formasen particular empeño en deslumbrar nuestra sana razon, alucinar nuestro discurso, y cautivar nuestro generoso corazon con la elegancia y delicadeza de unos conceptos al parecer sublimes, pero desnudos enteramente de fundamento y de verdad; han tenido el desconsuelo de ver inutilizadas sus tareas, desvelos, y vigilias empleadas para trazar una oratoria seductiva, que léjos de producir el efecto que se propusieron estos viles agentes de la iniquidad y de la perfidia, ha servido solo para despertar en el corazon de los Españoles aquellos nobles sentimientos de valor, cristiandad, honor y patriotismo que los distinguió siempre de las demás Naciones, y que adormecieron por algun tiempo un conjunto de desgraciadas circunstancias, debidas en la mayor parte á aquella Nacion, que con un interes tan empeñado nos recomiendan estos escritores mercenarios, y cuya funesta amistad ha sido para la España un manantial fecundo de males, que eslabonándose los unos con los otros, llegaron á formar la cadena con que arrastrada por la ambicion tiránica de un déspota, se ha visto á punto de caer en la esclavitud vergonzosa que se la preparaba, si un conjunto de prodigiosos acontecimientos no hubieran suspendido los rápidos progresos con que una simulada alevosía en-

caminaba los sucesos con la velocidad del rayo á la consumacion del mas atroz y horroroso atentado, que no ha conseguido ver realizado, pero sí el constituir á esta fiel y generosa Nacion en el trastorno y crítico estado á que hoy la vemos reducida, llorando unos males que de ninguna manera ha merecido.

Desde que el Gabinete de España estrechó sus relaciones políticas con el Gobierno de la Francia por el tratado de Basilea, hemos ido experimentando con dolor la relaxacion de costumbres en los Españoles. El necesario roce con los individuos de aquella Nacion engañosa, de tal modo inficionó las sanas ideas y apreciables sentimientos que nos hacian singulares entre la especie humana, que derramando en nuestros corazones la ponzoña mortífera de que abundan sus impíos y libertinos escritos, nos vino á hacer partícipes de sus ideas maquiabelísticas, de sus pensamientos erróneos, y de sus costumbres monstruosas. De aqui la degradacion de nuestro carácter, el principio de nuestra desnaturalizacion, por decirlo así, y el orígen de los males que lloramos. Desde esta triste época apenas se encontraban entre nosotros hombres sóbrios, humanos, generosos, bienhechores, justificados y científicos. El torrente del libertinage, la afeminacion, la arrogancia y la soberbia, arrastraban tras sí con el mayor descaro á la muchedumbre; sin que fuese bastante á contenerla los fuertes diques de la razon y de la Religion. Desaparecieron de nuestro suelo aquellos ilustres Campeones de que abundó en otro tiempo, los quales al sonido de la trompeta y al redoble del tambor, abandonaban con generosa emulacion sus familias, casas y conveniencias, y corrian presurosos al campo de Marte, impacientes por aumentar á sus timbres la gloria de una nueva victoria; y á estos inmortales héroes sucedieron unos hombres afeminados, tímidos y haraganes, que dedicaban todo su conato á necios pasatiempos y frívolas puerilidades, que ordinariamente los

arrastraban y envolvian en pasiones vergonzosas, constituyéndolos en un estado de insensibilidad, que los hacia mirar con una total indiferencia el engrandecimiento de sus casas, nombres y familias; la obligacion con que nace todo buen Conciudadano de contribuir á la salud y felicidad de su Pátria; la necesidad de fomentar, proteger y ayudar las artes, industria y agricultura; y lo que es mas que todo, el incesante estudio y aplicacion para conocer el espíritu de las leyes, y administrar con rectitud y fortaleza la sagrada justicia, librándola de ser víctima de los fraudes, intrigas y engaños con que comunmente procuran obscurecerla la ignorancia, el vil interes; las pasiones, y los respetos humanos.

Tal ha sido el letargo á que indiscretamente se entregaron los Españoles por espacio de algunos años, y tales los beneficios que les ha producido su intimidad con la Francia; pero la loca ambicion de esta Nacion, ó mas bien la de su intruso Emperador, ha venido á ser la que indeliberadamente y contra su voluntad nos ha despertado, y hecho caer en la cuenta de lo que fuimos, lo que somos, y lo que seremos si no nos apresuramos á dar toda la agilidad y movimiento á los resortes de nuestros dignos y naturales sentimientos, y oponemos á la intriga, perfidia y maldad una constante honrandez, un valor heroyco, y un verdadero patriotismo.

Para formar alguna idea del extremo á que llegó la relaxacion de costumbres en España, basta que notemos que en las calamitosas circunstancias que la afligen, hemos visto salir de entre nosotros multitud de falsos Compatriotas, indignos del nombre español, que siendo el asombro y la admiracion de sus semejantes, se han declarado solícitos agentes de la perfidia y la tiranía, haciendo los mayores esfuerzos para ver desolada, oprimida y esclavizada á su propia Nacion, solo

por el vil interes de conservar ó adquirir unos brillantes destinos, que aunque manchados con la inocente sangre de sus mismos hermanos, pudieran lisongear su necia vanidad, y contentar su loca ambicion; sin que este mísero egoismo les dexase conocer la atrocidad de su crímen, ni las razones de ciencia positiva que habia para temer la inestabilidad de unas felicidades prometidas en pago de un delito por un traidor que carecia de autoridad legítima para ello. ¡Qué barbarie! Qué ceguedad! Parece que no quepa una conducta semejante en unos Españoles que tuvieron la dicha de haber respirado los primeros alientos en el seno de la Religion Católica, seguido su doctrina, y alimentádose de las justas máxîmas que enseña: pero ello es así; y entre el número de estos miserables podemos contar á los autores de la política que ocasiona este Discurso, el qual tiene por objeto impugnar los principales extremos que abraza, con el fin de evitar los perniciosos daños que pudiera ocasionar á los incautos y poco reflexîvos la lectura de unos escritos, que por escandalosos, arbitrarios, desnudos de verdad, y abundantes de frases engañosas, son dignos del desprecio general.

Con el objeto de arrancar de nuestros corazones el amor sincero, la fe jurada, y la obediencia debida á nuestros Soberanos, se proponen estos astutos escritores hacer ver la falta de aptitud para poder reynar en España del Señor Don Cárlos IV. y aun tambien de nuestre amado FERNANDO VII.; y dexando correr sus envenenadas plumas, con el mas asombroso descaro, se atreven á denigrar sus talentos, costumbres y procederes, con expresiones y conceptos satíricos, llenos de superchería y de malicia, pero destituidos de todo fundamento, y apoyados únicamente en el exâgerado y criminal detalle que hacen sin verdad, sin moderacion y sin decencia, de algunos defectos de nuestro Gabinete,

que habiendo sido puramente personales, quieren hacerlos como trascendentales y hereditarios en la Casa de Borbon, para venir á recaer en declamar sobre la precisa necesidad que suponen de mudar de dinastía. ¡Qué perfidia! ¡Qué insolencia! ¿Quién pudo esperar jamás el oir en boca de un Español un lenguage semejante? ni en qué tiempo, sino en el de la opresion y la violencia, se permitirian circular unos libelos tan injuriosos, infamatorios y seductivos? Si el Señor Don Cárlos IV. por su extremada bondad, por la absoluta deferencia á la voluntad de su Esposa, y por el decidido cariño con que quiso distinguir á un Valido, pudo ser causa de los males ocasionados á España por la ambicion insaciable de este favorito, no es un hecho de que la historia no presente muchos exemplos: pero no tenemos ninguno de la avilantez y osadía de esos escritores, ni de la arbitrariedad, tiranía y despotismo del objeto que adulan, en quien ninguna representacion reside para juzgar la conducta de un Soberano, ni en todo caso tiene facultad legítima para extinguir los derechos mas respetables y sagrados: además que el Señor Don Cárlos IV. para dar una prueba nada equívoca del amor é interes con que miraba á sus vasallos, quiso juzgar con el mayor rigor sus descuidos é inadvertencias cediendo el cetro á su hijo, nuestro lígitimo Rey FERNANDO, en el momento que llegó á conocerlas, persuadido á que este sabio Príncipe con sus naturales luces, y libre de funestas consideraciones, restituiria á la Nacion Española su antiguo esplendor, magestad y grandeza, de que astutamente la despojó aquella hechura ingrata, despeñándola al mayor abatimiento. Este acto de libre y espontánea voluntad ha intentado la malicia atribuirlo á solo la violencia, por las circunstancias en que se hallaba el Pueblo de Aranjuez al tiempo que se verificó la renuncia, desentendiéndose maliciosamente de que intervino en ella una formal abdicacion, que fue despues

solemnemente repetida y autorizada: pero no debe admirarnos que se echase mano de esta artificiosa calumnia, pues de otro modo quedaban del todo frustradas las esperanzas del traidor, y truncados los viles medios que se habian adoptado para una usurpacion injusta y monstruosa. Ello es, que á pesar de los malvados, nuestro amado FERNANDO ha sido exâltado al trono legítimamente, y que la España esperaba su redencion baxo el gobierno de este ilustre desgraciado, á quien la malicia no ha podido acriminar sino con la impropiedad y falta de verdad que son notorias á todo el universo. Los Españoles hacen toda la justicia que se merece á su adorado FERNANDO, y conocen que es el iris de paz que les ha anunciado las dichas y consuelos que necesitaban en unas circunstancias tan aciagas. Su talento, su beneficencia, y todo el conjunto de apreciables prendas que forman su carácter, exîgen poderosamente el amor de sus fieles vasallos, que unánimes han jurado no reconocer por Rey á otro que á su legítimo Príncipe, y desprecian con generosidad las felicidades que presagian á la España estos fanáticos escritotes baxo la dominacion de un malvado, cuya ambicion y tiranía no pueden producir sino los inmensos males que lloran amargamente las desgraciadas Naciones que se ven sojuzgadas por su despotismo.

No seamos nosotros los intérpretes de esta verdad. Publíquenla á voz en grito la Francia, la Italia, la Etruria, la Holanda, la Polonia, Nápoles y Portugal. Escuchemos los lamentos y gemidos de sus oprimidos moradores por la debastacion de sus provincias, por la desolacion se sus familias, por las contribuciones que de nuevo se les ha impuesto, por las violencias que sufren, por la dureza é inhumanidad de sus Gefes políticos y militares, y por otros infinitos beneficios, que ha prodigado á favor suyo la generosidad de Napoleon. Nuestra suerte seria tan desgraciada como la de estos Pue-

blos infelices, y experimentariamos los mismos horrores,
si faltando á nuestros solemnes juramentos, y dexándo-
nos alucinar de mentidas y lisongeras esperanzas, subs-
cribiésemos al criminal designio de coronar a José Bo-
naparte por Rey de España. Entónces echariamos menos
el yugo que los insensatos preconizan injustamente duro
é insoportable; y entonces conoceriamos, aunque tarde,
que es una invencion y una quimera quanto quiere per-
suadirnos el autor de la política inserta en el primero de
los Diarios citados sobre las supuestas ventajas que ha
conseguido la Francia baxo la administracion de su in-
truso Emperador, en la qual hablando del estado de pros-
peridad actual de esta Nacion, dice: *Su grandeza exte-*
rior igualó á su prosperidad interior: coordinóse el ramo de
hacienda: se introduxo la irregularidad en la administra-
cion: consagróse la libertad civil: y todos los ramos de la
penúltima fueron derechos á su fin, mientras que el Prín-
cipe que la regia mandaba á la victoria. Las costumbres,
religion, agricultura é industria, todo prosperaba baxo su
cetro; y los diversos ramos de la fortuna pública ivan cami-
nando derechos á aquel alto grado en que hoy se ven, y que
envidian todos los Pueblos de Europa. ¡Qué frenesí! qué
ilusion! y qué falsa suposicion! Pregúntese á los habi-
tantes de París, Bayona, Burdeos, Génova, Marsella,
Niza, y demas Capitales y Puertos principales de Fran-
cia: ¿Qué se hizo de aquella opulencia, fausto y bri-
llantez con que en otro tiempo os dexabais ver á los
ojos del universo? ¿Dónde están, ó quien se absorve
los tesoros y riquezas, fruto de vuestras propiedades, afa-
nes é industria? ¿Cómo es que vuestro comercio ha cesa-
do en aquellas especulaciones mercantiles que os asegu-
raban vuestra subsistencia y la de vuestras familias? ¿En
qué consiste que vuestras escuelas están sin maestros, y
vuestras aulas sin discipulos? ¿Dónde están esos hijos por
que lloran las afligidas madres, y esos hermanos cuya
falta ocasiona el desconsuelo de unas huérfanas desampara-

das y sin ningun arrimo? ¿Vuestra Religion es una sola? es la verdadera que dichosamente siguen los cristianos, y los cultos de vuestros templos se tributan al único y verdadero Dios que adoraron vuestros padres y mayores? Ah! Todo desapareció: todo acabó; y todo se sacrificó á los designios ambiciosos de un extrangero sanguinario. Esta seria la unánime respuesta de estos desgraciados, si la fuerza que los oprime no les privase hasta de la libertad natural de poder articular sus lenguas, quexarse, y referir sus males.

Concluyamos con asegurar á los autores de los libelos que impugnamos, que los Españoles no se sorprenden ni anonadan al oir los funestos vaticinios y amenazas con que intentan aterrarnos: que saben que los abultados Exércitos internados en España con la perfidia y engaño que es notorio, léjos de componerse de hombres aguerridos é invencibles, son en la mayor parte un conjunto de miserables conscriptos, arrastrados por la fuerza, y conducidos entre cadenas, hambrientos, desnudos, y cubiertos de miseria; que todos hubieran seguido el exemplo de los muchos que han desertado y se han acogido á nuestra generosidad, si la astucia de sus Generales no hubiera procurado contenerlos con la seductiva permision del saqueo, el robo, la violencia, y el asesinato, para cuyos crímenes les ofrecieron salvo conducto, y del que han usado en todos nuestros Pueblos indefensos, no como soldados, sino como una pandilla de salteadores foragidos. Y por último están altamente persuadidos los Españoles de que las victorias conseguidas por las águilas francesas en las decantadas batallas de Marengo, Ulma, Austerliz y Jena, se han debido mas á la intriga, á la traicion y al engaño, que al valor de los Exércitos de ese Corso ambicioso, que á pesar de estas supercherías y baxezas que él llama ardides de guerra, ha visto con una indolente serenidad cubiertos de cadáveres los campos de batalla, hasta el punto de dexar la Francia po-

blada solo de desconsoladas mugeres, hombres decrépitos y de inocentes niños.

Estas verdades positivas, y la justa causa que defienden los Españoles, de tal modo han reanimado su valor y traido á la memoria los triunfos conseguidos en las jornadas de San Quintin y Pavia, que se consideran invencibles. No dudemos que lo serán, si como se espera vemos establecido un Gobierno General de donde emanen sabias providencias que organicen los muchos y numerosos Exércitos que han levantado el patriotismo, y que puestos en buen órden serán mas que suficientes para sacar de cautiverio á nuestro amado Fernando Séptimo, humillar el orgullo de un tirano, y hacer temido y respetado en todas las Naciones, é inmortal en la historia, el augusto nombre de la España.

CON LICENCIA EN MADRID:
EN LA IMPRENTA DE RUIZ, 1808.

[illegible] de desconsoladas mugeres, huérfanos, [illegible] y de inocentes niños.

Estas victorias gloriosas, y la justa causa que defienden los Españoles, de tal modo han acreditado su valor y crédito á la faz de los triunfos conseguidos en las campañas de San Quintín y Pavía, que se consideran invencibles. No dudamos con lo dicho, si como se espera vemos establecido un Congreso General de donde emanen sabias providencias que organicen los muchos y numerosos Exércitos que han levantado el patriotismo, y que puestos en buen órden serán mas que suficientes para sacar de cautiverio á nuestro amado FERNANDO SÉPTIMO, humillar el orgullo de un tyrano, y hacer temido y respetado en todas las Naciones, é inmortal en la historia, el augusto nombre de la España.

CON LICENCIA EN MADRID:
EN LA IMPRENTA DE RUIZ, 1808.

En dicha Imprenta se hallará el Catecismo civil, diferentes Proclamas, Gacetas, Cartas y otros papeles curiosos concernientes á las circunstancias presentes.


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm